
Franco ha muerto, viva el Rey

Ramiro Silva del Pozo*

Corría el año 1969.

Nadie dudaba en España que la salud del Jefe de Estado era cada vez más precaria. Por si fuera poco, activistas de ETA informaban a los diplomáticos acreditados en Madrid respecto de sus quebrantos, los mismos que se agravaban al compás de los días.

Su método informativo era elemental: se depositaba en los buzones de las residencias de aquellos, lacónicos partes.

Uno de estos últimos hablaba que para evitar que trascendiesen tales noticias a la opinión pública, arribaba periódicamente a la capital española un médico japonés, quien administraba al General Francisco Franco B., ciertos medicamentos susceptibles de prolongar su capacidad de comprensión, amagada por fugas mentales cada vez más frecuentes.

Decíase que en las sesiones de Gabinete, el Almirante Carrero

Blanco hacía apretados resúmenes de los asuntos de mayor importancia. De este modo el citado político, podía resolverlos en plenitud de energía, durante lapsos asaz breves de lucidez, 30 o 40 minutos, antes de sumirse en estado crepuscular.

Nos parecían, sin embargo, versiones exageradas o antojadizas.

La incógnita se resolvió de modo casual.

Recibí instrucciones de Cancillería en sentido de solicitar audiencia y acompañar al Sr. Ministro de Educación, Dr. Arroyo Robely quien debía hacerle entrega de una carta del Presidente del Ecuador, Dr. José María Velasco Ibarra.

Este, en gesto de extremada delicadeza, explicaba a su colega español, las razones por las cuales no había designado aún embajador, lo que me permitiría, por varios meses, estar al frente de la Misión como encargado de negocios a. i.

* Embajador de carrera del Servicio Exterior (SP).

El titular español de aquella cartera ofreció recogerlos e ir en su coche. El mío iría detrás.

A la hora convenida trasponíamos las verjas del Palacio del Pardo.

En esos años la “guardia mora”, escuadrón selecto, proverbialmente leal al que, luego de ser herido casi mortalmente en el desembarco de Alhucemas crearía la “legión”, conjuntamente con el General Millán Astray - guarnecía las escalinatas, alabarda en mano, turbante blanco y polícroma capa pluvial.

Atravesamos, luego, amplios salones, con paredes cubiertas por tapices magníficos que reproducían fielmente las mejores pinturas de Goya, el gran aragonés.

El Director de Protocolo, embajador Villacieros y Benito, dispuso que permaneciésemos de pie, en un vestíbulo de menor tamaño.

De pronto abrió las puertas el ujier, con una especie de casulla roja y gualda que recordaba el atavío de los heraldos medioevales.

Masa en mano, impuso silencio con tres golpes consecutivos y anunció: “El Jefe del Estado, Caudillo de España por la gracia de Dios, Generalísimo Francisco Franco Bahamonde”.... segundos después, con uniforme militar, sin otra condecoración

que la “laureada de San Fernando”, obtenida mucho antes de la Guerra Civil, cuando se luchaba en Marruecos contra Abdel Krim, hizo su arribo el referido estadista.

De estatura más bien pequeña, lento en el andar y con el sacudimiento característico del Mal de Parkinson en su mano derecha.

El cuello flácido, la mirada vidriosa, parecía figura de cera escapado de uno de los museos de Madame Tussauds.

Con una señal casi imperceptible indicó que pasáramos a su escritorio, el mismo que, en contraste con el boato regio y la magnificencia del Palacio cuyos salones habíamos recorrido, casi parecía celda monacal. Un crucifijo de regular tamaño, sillones fraileros, unos pocos cuadros de Zurbarán. Eso era todo.

Empero, reparé en varios retratos, convenientemente alineados sobre un librero de nogal de sobria factura.

Destacaban los De Gaulle y Oliveira Salazar y, en otro ángulo –si la memoria no me es infiel- el de Mussolini, con casco de combate.

Evité toda locuacidad en mi intervención, ampliada por la que hiciera el ministro ecuatoriano sobre las razones de nuestra presencia.

Entregósele la carta autógrafa. La leyó. Habló del aislamiento diplomático y del boicot económico impuesto a España por la ONU, por considerar que su gobierno había sido aliado virtual de las potencias del Eje, derrotadas en la Segunda Guerra Mundial.

Recordaba claramente el papel desempeñado por ciertos líderes latinoamericanos –destacó entre ellos el del Presidente ecuatoriano – en el levantamiento de aquellas medidas punitivas. Le escuchábamos con profunda atención cuando de pronto, como si se interrumpiese el fluido eléctrico, nuestro ilustre interlocutor comenzó a divagar sin orden ni concierto. Decía cosas incoherentes, confundía episodios, alteraba fechas.

Durante unos instantes nos miramos desconcertados, sin saber que hacer, hasta que el Director de Protocolo hizo una señal indicativa de que la audiencia había terminado.

Nos despedimos azarados, confusos y proseguimos hasta los coches en absoluto silencio. Ya en marcha, con voz acongojada, habló el educador ibero en los siguientes términos: “Pobrecillo, ya lo habéis visto, está acabado, Ojalá para el bien de España, pueda, como el Cid campeador, triunfar batallas después de muerto...”

Con éste telón de fondo llegó el Verano.

La estación estival es en Castilla, calurosa y seca.

Los madrileños en número creciente, emplean sus ahorros en esquivar los rigores de la canícula junto al mar o la montaña. Julio y sobre todo, Agosto, son los meses de mayor rigor.

De ahí que sorprendió al Cuerpo Diplomático, la recepción de dos grandes sobres con las armas del Reino y la invitación del Jefe de Estado a sesiones consecutivas de las Cortes Españolas, el 22 y 23 de Julio.

En 30 años no había acontecido que éste acudiese dos días seguidos a reuniones del Parlamento, porque tal era aquel órgano, si bien con facultades meramente consultivas.

Debíamos ir de frac y condecoraciones.

En efecto, a las 4 pm, cada enviado diplomático ocupaba su lugar en el palco destinado para tal menester, contiguo al que acogía a la prensa extranjera.

Los “Procuradores a Cortes “-denominación con la que en la terminología del Régimen- se designaba a los diputados- lucían casacas blancas de corte militar. Por doquier, tapices, profusión de luces, entorchados. El conjunto era espléndido, no en vano este hemiciclo había sido escenario

de sucesos excepcionales, desde el fin del reinado de Fernando VII, hasta el preludio de la, “Guerra civil. “ Don Juan Carlos de Borbón, arribó puntualmente, sin grandes manifestaciones de respaldo. Después en su reinado, la ejemplar manera como se conducen ha contribuido a que la monarquía sea, hoy en día, altamente popular. Entonces no lo era.

Franco demoró. Yo creo que de caso pensado. Quería demostrar quien era quien en esa hora de la Historia de España.

El grito ensordecedor y repetido de “Franco, Franco, Franco”, que desde la Plaza de las Cortes invadió el recinto, hizo que de pie y con el saludo falangista lo coreasen los miembros de la Legislatura. . .

El relativo retraso determinó que algunos periodistas desaprensivos llegaran a suponer que, en último momento, aquel había rectificado la línea de sucesión en beneficio del Duque de Cádiz, esposo de su nieta.

Porque la verdad es que, familiares y seguidores íntimos de su entorno político, bregaron sin descanso por tal solución.

El planteamiento de los “ultras” era coherente: tanto en las leyes del Reino, como en las del “Movimiento”, luego de reiterar que la “magis-

tratura del Caudillo” era vitalicia, se consagraba la facultad de que éste, cuando lo estimara conveniente, podía señalar sucesor, sin otra limitación que la de escogerlo entre personas de “sangre real”.

Tanto Don Juan, como Don Alfonso - primos hermanos- eran nietos de Alfonso XIII.

Comentábase que Doña Carmen Polo de Franco, su hija y su yerno Cristóbal Martínez Bordiú, Marqués de Villaverde, de un lado y José Antonio Girón y Arias Navarro, de otro, presionaban en el ánimo del egregio enfermo, con el argumento de “reinar después de morir”. A lo cual, éste respondía invariablemente: “No. Los reyes de España deben mirar al futuro: la Europa unificada y no al pasado la España dividida. El hipotético reinado de mi nieta, la duquesa de Cádiz, actualizaría inexorablemente, duras remembranzas de la Guerra Civil”.

Así las cosas y retornando al ambiente de las Cortes Españolas, recuperado el silencio que imponía la solemnidad del acto, el Presidente del Congreso anunció que el secretario daría lectura a un proyecto de Ley en torno al cual la votación sería nominal.

La “propuesta”, redactada con manifiesto ahorro de palabras, decía así: “Al producirse la vacante en la Je-

fatura del Estado, se instaurará la Corona en la persona del Príncipe Don Juan Carlos de Borbón y Borbón”.

Se procedió a votar en medio de gran expectativa.

Ocupaban curules personajes tan allegados al Jefe de Estado, como Torcuato Luca de Tena, Director del diario ABC, varias veces su embajador o el general Rafael García Valiño, compañero de armas en la “cruzada”, a quien designará más tarde, Alto Comisionado en Marruecos, una especie de Virrey. Y precisamente, uno y otro, votaron por el “No”. Su pronunciamiento en ningún caso significaba rechazo a la persona de Juan Carlos, sino un gesto extremado de purismo legitimista fiel a la sucesión dinástica irrestricta, esto es al concepto de que por ningún motivo se debía haber saltado sobre la pretensión de Don Juan, Conde de Barcelona.

El voto de aquel militar resonó en el recinto como una auténtica profanación.

Casi todos los procuradores del frente sindical se indicaron por el “Si”.

Sumáronse a la negativa, los carlistas vasco-navarros Escudero-Rueda, Goñi y Zumbiaur; el falangista alicantino Agatángelo-Solá, quien acariciaba el sueño imposible de que un hombre del “movimien-

to” sucediese al “caudillo”. La ley de sucesión se aprobó por 491 votos favorables, contra 12 negativos y 9 abstenciones.

Con similar boato, pero sin el halo de conjeturas y misterio que caracterizara la sesión anterior, la del día 23, colofón de aquella, se redujo al juramento de quien, a partir de ese instante, sería Príncipe de España.

Luego de un corto discurso del jefe de Estado, en el que Franco insistió en que no se trataba del “restablecimiento” de la monarquía tradicional sino que se instauraba una nueva, cuya fecha de arranque era el 18 de julio de 1936, efemérides del “glorioso Alzamiento Nacional”, Don Juan Carlos de Borbón arrodillado ante un crucifijo, la Biblia y una recopilación de las leyes principales producidas por el régimen en 35 años hegemonía política, prestó su promesa en los siguientes términos:

“Juro lealtad a su excelencia el jefe de Estado y fidelidad a los principios y más leyes fundamentales del reino”.

Con emoción mal disimulada y voz apenas audible “el caudillo” expresó: “queda proclamado como sucesor a la jefatura del Estado el príncipe Don Juan Carlos de Borbón y Borbón”.

Se cerraba así un ciclo de la historia de España, porque lo que vendría después era simplemente la agonía de un régimen, que coincidía con la agonía de un hombre, tomado el término en sentido unamuniano, esto es en el de lucha entre la vida y la muerte ..

Quedaba consolidada la paz. España ocupaba el undécimo lugar entre los países de mayor desarrollo y un sitio destacado en el concierto internacional, como correspondía a una gran nación, que a pesar de sus errores, ha sido y sigue siendo una de las que más ha contribuido a dignificar el linaje humano.

Quien ha relatado mejor los últimos días de Franco, es su médico Dr. Vicente Pozuelo E., en un libro de esa denominación. Nos cuenta, como encontrándose en México, se le solicitaba con urgencia en “El Pardo”. La apelación era una orden y así lo interpretó el ilustre galeno.

“Me llevaron de inmediato ante su excelencia, que estaba sentado en un salón próximo a su dormitorio — nos lo describe- con un batín sobre el pijama y en zapatillas”.

“Solicité antes de auscultarlo una junta de médicos” en la que estaban Martínez Bordiú, su esposa Carmen, hija única y, por serlo, regalona del “Caudillo”; los doc-

tores Hidalgo Huerta, Llanuradó, González Bueno, López García y alguno más.

Era la primera vez que se atrevían a pronunciar el diagnóstico fatal, no obstante la evidencia de los síntomas: parkinson con esclerosis vascular”.

Luego de establecido el diagnóstico, se acordó la terapia, quedando comprometidos a llamar a los mejor dotados al momento de la rehabilitación.

Largos muy largos los “476 días” en los que el preclaro discípulo del Dr. Gregorio Marañón permaneció a la cabeza del enfermo, como su médico de confianza.

En tan prolongado lapso, establecióse, como era dable suponer, una relación afectiva no exenta de ribetes políticos.

Por lo entrañable, lo que al menos a mí me impresionó más, es aquella anécdota en la que el Dr. Pozuelo encuentra a su agregio paciente sumido en profunda depresión, totalmente incapaz de reaccionar frente a cualquier estímulo.

Desde fragmentos de música clásica, hasta trozos de folklore gallego, todo inútil.

El hombre fuerte de España era un guñapo. De pronto casi al borde

de la desesperación Pozuelo acude al Himno de la Legión. En un viejo disco de carbono resuenan los marciales acordes de aquel: “Soy valiente y leal legionario; soy soldado de brava Legión”... Y el hombre acabado, replegado sobre si mismo, resucita y comienza a marchar. Era, en efecto el himno de su Legión, aquel cuerpo de élite militar que en fecha ya remota, junto a Millán Astray, crearan en Marruecos, luego del desembarco en Alhucemas.

De súbito, no se sabe de que rincón, aparece Juanito, fiel ayudante desde aquellos tiempos. Se detiene frente al médico y sentencia con aires senequistas: “No pasará nada. Dr. No pasará nada, como en Brunete, se ha puesto en legionario”...

Pero la verdad es que su salud se deteriora día a día, hora a hora.

El Domingo 19 de Octubre, estando de guardia con el Dr. Vital, Pozuelo se da cuenta que Franco se había levantado para ir al baño al pie de la cama se encontraba ese ejemplar “ordenanza”, “esto se acaba” se lo oyó decir y abandonó el dormitorio, sollozando. De su lado, ya de vuelta a su lecho, Franco exclamó: “Señor, que duro esto” y al reparar en la presencia de su médico, le dijo en tono de súplica, “no me deje Don Vicente”, al oír que éste iría por unos instantes a su casa en pos de una muda de ropa íntima.

El parte médico de la referida fecha era prácticamente una reseña póstuma lacónicamente suscrita por el equipo habitual; “Desde la última revisión médica, la evolución de su Excelencia continúa empeorando progresivamente. Aparecieron trastornos de la conducción intraventricular e hipotensión arterial mantenida”.

Así decurrieron las dos primeras semanas de Noviembre.

Ni la ciencia, representada por los mejores médicos de España, ni la religión simbolizada en la mano incorrupta de Santa Teresa de Ávila, puesta muy cerca de la cabecera del enfermo, en inútil espera del milagro, podían mayor cosa.

Franco, luego de larga y accidentada travesía existencial, se hundía como un barco con las luces encendidas. Se daba cuenta de todo.

Por dos ocasiones encargó a Don. Juan Carlos la Jefatura del Estado. Pero hombre de poder, al fin y al cabo, retomó las riendas.

No obstante, frente a lo inevitable, sus más allegados analizan conjuntamente la situación. Si bien, los aparatos electrónicos, con una línea que vacila en sus pantallas y es cada vez más tenue, señalan aún signos vitales, hay conciencia unánime de que clínicamente está muerto. Con todo,

alguno de sus íntimos exige que los médicos se pronuncien y otro que se llame al Primado de España, Arzobispo de Toledo, para que deje oír al respecto la voz de la Iglesia católica. Las opiniones concuerdan: hay que dejar que el alma del difunto acuda a su cita con Dios.

Había, empero, que desenchufar ese artilugio engañoso, donde la existencia del ser humano es apenas una leve y mortecina oscilación. Salomónicamente, alguien sugiere que se confíe tal menester a la primera enfermera que deambule por los pasillos. Así se precedió.

A las 3 y 25 del día 20 de Noviembre de 1975, Franco trasponía los umbrales de la eternidad.

Arias Navarro, ex Alcalde de Madrid y uno de los políticos más cercanos al “franquismo”, presente allí desde las más tempranas horas, anegado en lágrimas, que interrumpieron frecuentemente su corta alocución, leyó a las 10 a. m., lo que venía a ser el reconocimiento oficial del fallecimiento del hombre que, con mano firme, había impuesto rumbo al destino de su Patria, durante 36 años:

“Españoles: Franco ha muerto. El hombre de excepción que ante Dios y ante la Historia asumió la inmensa responsabilidad del más exigente y sacrificado servicio a España,

ha entregado su vida, quemada día a día, hora a hora, en el cumplimiento de una misión trascendental. Yo se que en estos momentos mi voz llegará a vuestros hogares entrecortada y confundida por el murmullo de vuestros sollozos y de vuestras plegarias. Es natural. Es el llanto de España que siente como nunca la angustia infinita de su orfandad; es la hora del dolor y de la tristeza, pero no es la hora del abatimiento y de la desesperanza.”

“Es cierto que Franco, el que durante tantos años fue nuestro Caudillo, ya no está con nosotros, pero nos deja su obra, nos queda su ejemplo, nos lega un mandato histórico de inexcusable cumplimiento. Porque fui testigo de su última jornada de trabajo, cuando ya la muerte había hecho presa en su corazón, puedo aseguraros que para vosotros y para España fue último pensamiento, plasmado en éste mensaje con que nuestro Caudillo se despide de ésta España a que tanto quiso y tan apasionadamente sirvió.”

Dio lectura, luego, a lo que vendría a ser algo así como el testamento del decesado.

“Españoles “: “Al llegar mi hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer a su juicio inapelable, pido a Dios que me acoja benigno a su presencia, pues quise vivir y morir como católico. En el

nombre de Cristo me honro y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia, en cuyo seno voy a morir. Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos, sin que yo los tuviera como tales. Creo y deseo no haber tenido otros aquellos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento y a la que prometí servir el último aliento de mi vida, que ya se aproxima.

Quiero agradecer a cuantos han colaborado con entusiasmo, entrega y abnegación, en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre. Por el amor que siento por nuestra Patria os pido que perseveréis en la unidad y en la paz y que rodéis al futuro Rey de España, don Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que a mi me habéis brindado y le prestéis, en todo momento, el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido. No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta. Velad también vosotros y para ello deponed frente a los supremos intereses de la patria y del pueblo español, toda mira personal. No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura para todos los hombres de España y haced de ello vuestro primordial objetivo. Mantened la unidad de las tierras de España, exaltando la rica multiplicidad de sus regiones como fuentes de fortaleza de la unidad de la patria.

Quisiera, en mi último momento, unir los nombres de Dios y de España y abrazaros a todos para gritar juntos, por última vez, en los umbrales de mi muerte, “Arriba España, viva España”.

Cualquiera que sea “el color de cristal con que se mire” y se sopesen estas palabras de ultratumba, la verdad es que impresionan.

La reiterada invocación a su Dios, a su Patria y a su pueblo, trilogía axiológica que da sentido trascendente al tráfago de los políticos de fe, sacude el espíritu..

Pero cuándo, dónde y en qué momento, su voluntad en extinción encontró propicia la ocasión para escribirlas?

Los cronistas amigos elaboran varias hipótesis. Estimo que, una vez más, es el Dr. Vicente Pozuelo, quien, con la suya, se acerca más a la verdad: “pudo ser la mañana del 18 de Octubre, cuando se encerró en su despacho” nos lo dice.

De la Paz al Pardo y de allí al Palacio de Oriente, para descansar finalmente en la impresionante basílica del Valle de los Caídos, construida bajo inspiración de que allí reposen los despojos mortales de -vencedores y vencidos- que habían contenido en la Guerra Civil. Hasta hace unos años, - parece ser que aho-

ra ya no es así, puesto que se retiraron los de José Antonio Primo de Rivera, -la tumba del “Generalísimo” estaba a su lado.

Sobre la de aquel, en el suelo del santuario, una enorme corona de laurel de hierro fundido con el resto de los cañones italianos empleados en la “conquista” de Etiopía contenía la siguiente leyenda: “Il Duce al fondatore di la Falange”...

Ese médico admirable reseña así el referido periplo póstumo: “Le acompañé al Palacio de Oriente. Luego acudí con la multitud al Valle de los Caídos y cuando todo el mundo se marchó, me quedé todavía unos minutos ante la tumba. En la soledad y en el silencio impresionante de la basílica, sus palabras sonaban aún en mis oídos: “No me deje, no me deje”. Yo estaba ahí para decirme a mí mismo que creía haber hecho lo que debía, a despecho de la sensación de rebeldía que sentimos los médicos cuando un enfermo se nos muere”.

Pero la vida seguía y los engranajes de la política que en esta coyuntura venían a ser los de la Historia, no podían detenerse.

Caliente aún el cadáver del “Caudillo”, Don Juan Carlos, en cumplimiento de las previsiones de la Ley de Sucesión, era nombrado Rey de España. Y en su primer discurso como monarca, otra vez en las Cortes, (22

de Noviembre de 1975), dedicaba un emotivo reconocimiento a su antecesor en la Jefatura del Estado, al hombre que, en definitiva, le había sentado en el trono. Manifestó en aquella ocasión: “Una figura excepcional entra en la Historia, el nombre de Francisco Franco será ya un jalón del acontecer nacional y un hito al que será imposible dejar de referirse para entender la clave de nuestra política contemporánea. Con respeto y gratitud quiero recordar la figura de quien durante tantos años asumió la pesada responsabilidad de conducir la gobernación del Estado. Su recuerdo constituirá para mí una exigencia de comportamiento y de lealtad para con las funciones que asumo al servicio de la Patria. Es de pueblos grandes y nobles el saber recordar a quienes dedicaron su vida al servicio de un ideal, España nunca podrá olvidar a quien como soldado y estadista consagró toda la existencia a su servicio”.

Su Alteza rememoraba seguramente situaciones que de haber sido distintas hubieran obstado que se encontrase allí.

Victoria en la Guerra Civil

Neutralidad de España en lo mundial, a pesar de las presiones de Hitler y del Duce, a raíz de la caída de Francia;

Negociaciones con Don. Juan, Conde de Barcelona en pos de tras-

ladarlo Del Estoril a Madrid, donde se le prepararía para reinar;

Férrea unidad de las Fuerzas Armadas

Amnistía para todos los protagonistas de la contienda fratricida que quisiesen retornar a su Patria;

Ley de Sucesión y pronunciamiento casi unánime del “franquismo” en sentido de que fuera él quien se ciñera la Corona.

La verdad es que, en una actividad como la política, donde la ingratitud y la amnesia son monedas corrientes, jamás rectificó lo que dijo entonces. Muy al contrario, en Agosto de 1974, siendo a un principio de Asturias le confesó al Dr. Vicente Pozuelo E.: “Todo lo que soy se lo debo a él”....

Dispúsose que Carlos Arias Navarro confirmado en su cargo, formase nuevo Gobierno. Sustituía al Almirante Carrero Blanco asesinado por ETA. Su trayectoria impone algún comentario adicional, antes de seguir adelante.

No llegó a combatir en la Guerra Civil, pero fue perseguido por los servicios de inteligencia de los gobiernos sucesivos del llamado “Frente Popular”, intelequia política que aglutinaba de los anarquistas, hasta el PSOE; desde los marxistas de Negrín y Carrillo pasando por

el Partido Comunista de Largo Caballero y “La pasionaria”, hasta un puñado de románticos liberales del primer momento, que se separaron cuando aquellos comenzaron a sistematizar la violencia, la quema de iglesias y de conventos, el holocausto de miles de sacerdotes, entre ellos el de 15 obispos, en manos de la plebe, azuzada por miembros de las comisarías del pueblo (las famosas CHECAS), funcionalmente encargadas de la tortura y el exterminio, hasta tal punto escarnecedoras de los derechos humanos, que hicieran exclamar a Dr. Gregorio Marañón y a Dn. José Ortega y Gasset, diputados a las primeras Cortes el “no, no es esto”. “Me duele la República”, y en queja y desencanto aún más angustioso: “esto no es aquello y aquello no volverá jamás” a criterio del gran filósofo, fundador de la revista de Occidente.

Retomando el tema, hay que señalar que Carrero Blanco, logró escapar de la muerte y fugó hasta llegar a los países nórdicos, en un periplo que duró años.

Dícese que su nombre se grabó en la memoria de Franco, a raíz de que en forma subrepticia hizo llegar a su mesa de trabajo un memorándum que contenía ideas políticas de gran utilidad.

Desde entonces le tuvo cerca, hasta tal punto que pensó que el Al-

mirante sería la persona adecuada para hacer efectiva en su hora, la “sucesión” conforme a un esquema de evolución paulatina, que, sin ruptura, salvaguardase algunas instituciones del Régimen, para ensamblarlas con otras recomendadas como insoslayables por el paso del tiempo.

ETA, que había tenido que abandonar sucesivos planes para ultimar al “Caudillo”, dado su eficientísimo sistema de seguridad, elaboró el que daría al traste con la vida del gran marino español.

Luego de analizar sus movimientos cotidianos, concluyó que éstos seguían una rutina casi invariable. Salía de su casa en el automóvil oficial. Se detenía a oír misa en la iglesia de los jesuitas y doblaba al Paseo de La Castellana, donde se encontraba su oficina.

El coche disminuía velocidad al tomar la curva en éste trayecto.

Los terroristas vascos, haciéndose pasar por artistas plásticos, alquilaron el subsuelo de uno de los cuatro edificios que hacían esquinas en la referida zona y detonaron al paso del Ministro una bomba explosiva de tal poder como para que el vehículo quedase suspendido de una de las pequeñas terrazas del edificio de los jesuitas, provocando la muerte instantánea de Carrero Blanco y de su chofer.

Comentábase que el asesinato del hombre público y prominente miembro del Opus Dei, afectó de tal modo a Franco, como si se tratase del fallecimiento de un hijo, el vástago que nunca tuvo.

Cerrando aquí esta disquisición indispensable, volvamos al momento en que Carlos Arias N., confirmado en su cargo, forma gobierno. Tratábase de la difícil transición de un régimen autocrático, con plenitud de poderes en la persona que lo encarnara, a una monarquía constitucional, que tanto interna como internacionalmente se la concebía y esperaba como ejemplarmente democrática.

Y es el caso que Arias Navarro, fracasó. En su fuero íntimo no aceptaba que las circunstancias hubieran cambiado tanto como para que los conceptos del “franquismo” no pudieran aplicarse ya en la España contemporánea. Aquello de que “todo queda atado y bien atado”, que tantas veces le oyera decir a su “caudillo”, era para el artículo de fe.

No podía asimilar que para que el nuevo régimen avanzase era necesaria la plena reconciliación nacional, lo cual suponía la participación de todos los partidos políticos, cuya fractura cívica había contribuido al enfrentamiento fratricida, tragedia de tales dimensiones que hiciera exclamar al poeta Hernández

aquella terrible lamentación: “aquí yace media España, la mató la otra mitad”....

El imperativo de la hora imponía, pues, patrocinar un diálogo político sin ninguna exclusión, lo que determinaba entre otras medidas previas, la legalización del Partido Comunista y el consenso y convergencia de todos en un pacto nacional. El viejo “camisa azul”, rebasado por tales urgencias presentó su dimisión y el Rey, de inmediato, se la aceptó y designó en su reemplazo a un político también falangista, si bien bastante más joven, Adolfo Suárez, ex director de T.V. Española y ex ministro secretario general del Movimiento. A quienes le conocimos luciendo su perfil cinematográfico y el saludo romano, legado del fascismo italiano, no dejó de sorprendernos.

El recientemente designado comenzó por donde debía hacerlo: desmontar la maquinaria jurídico-política y los engranajes del gobierno anterior. Lo logró después de haber inclinado a las Cortes en esa dirección, lo que significó el suicidio virtual de la Legislatura “franquista”.

Consumado el operativo de apeo y deslinde, debíase reunir a los jefes y representantes de todas las tendencias en un cónclave, cuyas conclusiones serían sometidas al juicio de la ciudadanía.

Era cuestión de ver, sentados en la mesa de la concordia a personajes tan disímiles como Manuel Fraga Iribarne, embajador y ministro de Información y Turismo del gobierno anterior, junto a Dolores Ibarruri, la terrible “Pasionaria”, ex-diputada republicana por Asturias, quien arribara días antes desde Moscú; a Calvo Sotelo, familiar del parlamentario monárquico, cuya eliminación hiciera ineludible el “alzamiento” militar del 18 de Julio de 1936 y a Blas Piñar, cabeza visible del movimiento de ultra derecha “Fuerza Nueva”, considerado entonces como el mejor orador de España, codo a codo con Santiago Carillo, Secretario General del Partido Socialista, sobre quien pesara la acusación, jamás desvirtuada convincentemente, del fusilamiento en Paracuellos de numerosos elementos nacionalistas, sin fórmula de juicio, en los albores de la Guerra Civil.

La opinión de todos ellos y de muchos más, debía confluir en un cuerpo jurídico, que luego de pulido, fuera susceptible de ser aprobado por la opinión pública.

A estas dificultades añadíase la presión de las regiones, algunas de ellas, como las comunidades vasca y catalana con fuertes remesones separatistas.

Había que encontrar fórmulas que dentro de la diversidad, garantizarasen el rol centrípeto y uni-

ficador de Castilla y la capitalidad perenne e inmovible de Madrid. Únicamente así la Nación Ibérica seguiría desempeñando su papel de unidad de destino en lo universal. El hecho admirable es el de que se lo consiguió.

En Octubre de 1977 suscribióse el llamado Pacto de la Moncloa, aprobado por aquellas, cupo al pueblo, convocado a referéndum pronunciarse: con mayoría absoluta fue aprobada la Constitución de 1978, en virtud de la cual, España se convertía en una monarquía parlamentaria.

Tras la victoria de su partido (UCD), en 1979, Suárez fue designado Jefe de Gobierno por el Rey.

Al cabo de un año de haberlo presidido – cosas de la política – se produjeron fisuras en su propio partido. Un voto de censura presentado por el POSE, le indujo a renunciar. Con todo, en la década siguiente, el pleamar del fenómeno electoral, le llevó al Parlamento en tres ocasiones, pese a que el UCD no volvió a recuperar nunca su papel de fiel en la balanza y languideció, poco a poco, hasta su desaparición.

No obstante, Dn. Juan Carlos de Borbón, en gesto digno de su prosapia, valoró su gestión y luego de ponderarla, le confirió el título de duque, “Duque de Suárez”. El afianzamiento

de la democracia y su correcto funcionamiento, hasta ser valorada – pese a fallas inherentes a toda obra humana – entre las más prestigiosas de Europa, tomó tiempo y requirió de habilidad y de paciencia.

No faltaron episodios en los que de no ser el Rey quien es, hubiera sido otro el destino de la monarquía. Hay un momento en el capítulo de consolidación democrática en el que la gravedad de los sucesos pone a prueba la entereza de aquel y la autenticidad de sus convicciones.

La TVE prepara un documental, cuyo acertado título “el día más largo del Rey” da cabal idea de su contenido. Como en un film de suspense, se ve el ingreso violento del Comandante de la Guardia Civil, General Antonio Tejero, pistola en mano y disparando al aire, en al hemiciclo de la Cámara de Diputados. Se ve a éstos, salvo muy pocos que permanecieron impertérritos, refugiarse bajo sus curules.

Hasta aquí la imagen, pero que es lo que realmente ocurrió tras bastidores? La respuesta ya no es conjetural: mandos medios del Ejército de Tierra y de la Guardia Civil, con respaldo de fuertes contingentes de tropa, bajo el mando de los generales Millán del Boch y Armada, aparte del ya referido Comandante de la “Benemérita”, desengañados por el lento, desordenado y a veces

contradictorio proceso democrático, intentaban establecer un gobierno de corte militar autoritario, siempre bajo cobertura monárquica, necesario — según ellos — para orientar el destino nacional. Algo similar a lo que había acontecido años atrás, en 1923, cuando el General Miguel Primo de Rivera instauró su dictadura, manteniendo, desde luego en el Trono a Dn. Alfonso XIII quien no sólo que estuvo de acuerdo sino que facilitó el cuartelazo, iniciándose así un período de fructíferas realizaciones materiales que duró hasta 1930.

Las noticias no podían ser más inquietantes. Además el espectacular secuestro del Parlamento, por Tejero, el General Millán del Boch marchaba sobre Madrid, en frente de la columna motorizada “Brunete”, la más importante de la Península en dotación de carros de asaltos y tanques.

Estos relatos amedrentaron de tal modo a la población, que ésta se refugió en sus viviendas imaginando lo peor.

De pronto, los medios de comunicación colectiva anunciaron que el Rey en contados minutos se dirigiría a la Nación.

Efectivamente, a la hora anunciada, Dn. Juan Carlos de Borbón y Borbón, en uniforme de combate y hablando como General en Jefe de las FF.AA., condenaba la asonada y

en vibrante alocución hizo apología de la democracia.

Bastó éste gesto para que el civismo despertase en el ánimo de la ciudadanía, acoquinada y replegada sobre si misma.

Gentes de toda clase, edad y condición salieron multitudinariamente a las calles. Improvisáronse masivas manifestaciones, cuyos integrantes vitoreaban a la democracia y agradecían al monarca que la había salvado.

Fracasado el golpe se aplicó a sus mentalizadores todo el rigor de la Ley. Se les eliminó de los escalafones militares y la justicia de su País les condenó a 30 años de reclusión. Tejero salió en libertad condicional después de haber permanecido 16 años como recluso.

Millán del Boch escribió una insólita página de honor militar, cuando se le comunicó que había sido amnistiado y se negó a aceptar tal merced, con el argumento de que sus actuaciones, lejos de ser consideradas delictivas, debieron ser acogidas por la sociedad, como lo que fueron a su criterio de oficial de rancia tradición monárquica: actos ejemplares de servicio a su Patria y a su Rey.

Actitud que recuerda, si bien remotamente, al de aquel capitán de los Tercios, que en la pieza teatral de

Eduardo Marquina, “En Flandes se ha puesto el Sol”, cuando la esposa de un soldado holandés de la hueste del Duque de Orange, le inquiera el por qué de un gesto de singular señorío y jerarquía, ética, sombrero en mano respondió: Es que España y yo somos así, señora” . . .

Tanto el Rey, en lo suyo, como el General monárquico frente a lo que pudo haber sido y no fue, podrían decir al unísono: “España y yo somos así, señora”...